

meten a sus malos hábitos y establecen la tiranía conyugal y un cúmulo de calamidades que la hacen sumular como víctima propiciatoria en aras de sus sagrados deberes como paciente esposa.

El hombre, el joven, digamos, al recapacitar un poco, opta por no casarse y se hace célibe, y así lo sorprende la vejez, casi siempre sin haber dado hijos a la Patria ó habiéndolos dado pero ilegítimamente.

Ese estado social que puede mencionarse morbosamente es la causa del lujo, a que se entregan las sociedades ó miembros de ellas en el deseo de establecer una igualdad contraproducente y un superficionismo perjudicial a su propio bienestar, que se revela como un suicidio inconsciente de las agrupaciones llamadas a propender por su estabilidad y desarrollo.

Se nos dirá que todo eso pertenece al fuero interno de los demás, pero justo es que nosotros señalemos el morbo, ya que escribimos también para los demás y defendemos los fueros de la sociedad en general.

LUIS H. GIL LECUNA.

Dato estadístico semanal

Mercado de Villavicencio

Papas carga	\$ 12,00
Arroz "	20,00
Maíz "	66,0
Plátano "	2,00
Café "	16,00
Miel "	8,00
Panela blanca, carga	13,00
Id. morena "	11,00
Caño negro, libra	0,20
Cueros "	0,35
Cacao, carga	120,00
Manteca arroba	5,50

Las mujeres de Francia glorificadas.

Las "matinees" nacionales de la Sorbona que los hombres más ilustres de Francia van presidiendo cada uno a su vez y en las cuales se han pronunciado discursos hermostsimos, son como vísperas patrióticas en las que millares de fieles conculgan todos los domingos con la bella música, los bellos versos, y la misma fe ardiente, patriótica.

Ahora bien; la 15. a "matinée" de la Sorbona fué consagrada al elogio de la mujer de Francia. Ninguna ceremonia acaso fué más conmovedora. El ex-Ministro L. L. Klotz exaltó a todas las mujeres que en el campo de batalla, en los hospitales y en las obras de guerra prodigan sus fuerzas. Rindió también un homenaje a las criaturas innumerables que en un puesto más oscuro pero no menos útil se han mostrado las nobles servidoras del deber y del país.

Pero M. Klotz celebró sobre todo la sublime aventura de una muchacha alsaciana de veinte años. Marcela Semmer, cuyo nombre desconocido

ayer será mañana glorificado como el de Edith Cawell.

Hé aquí la historia magnífica de esta francesa. Estábamos en agosto de 1914 en el momento en que, después de Charleroi, los franceses trataban de detener la avalancha alemana. Por todas partes retrocedían.

Una tarde en el Somme, se replegaba apresuradamente un batallón, atravesando el río y el canal, perseguido de cerca por el enemigo. Entonces Marcela Semmer, que seguía a las tropas con los habitantes, tuvo la presencia de ánimo cuando los franceses franquearon el canal, de bajar el puente de la esclusa para impedir que atravesaran los alemanes. Un cuerpo de ejército enemigo quedó así inmovilizado hasta el día siguiente.

Después Marcela Semmer aseguró el abastecimiento de los habitantes de su aldea que se habían refugiado en un subterráneo. Luego favoreció la evasión de 16 soldados franceses que se habían quedado en las líneas enemigas y llevó a cabo otras muchas proezas.

Acabó por caer en manos de los alemanes.

—Soy huérfana, dijo al Comandante que la interrogaba. No tengo más que una madre, Francia, y no me importa morir.

Los alemanes la condenaron a muerte. Estaba ya delante del pelotón que había de ejecutarla, cuando una ráfaga de 75 dispersó a sus verdugos y le permitió huir.

Poco después la heroína muchacha se distinguió todavía sirviendo de guía a un grupo de infantería. Prisionera y condenada una segunda vez, la salvó un nuevo milagro. Un proyectil agujereó el muro de la iglesia donde estaba encerrada. Se evadió inmediatamente y pudo ganar las trincheras francesas.

El 15 de diciembre de 1914, un General llevó a la valiente francesa la Cruz de la Legión de Honor. El verano pasado recibió la Cruz de Guerra. Es la legionaria más joven de Francia. Enferma extenuada todavía, estudia en la escuela de enfermeras de París para continuar su obra de abnegación.

Asistió a la "matinée" de la Sorbona y fué justamente glorificada. M. Klotz dijo a media voz.

—¡Ahí está entre vosotros.

E inmediatamente, 4.000 almas presas de una emoción indecible, se levantaron buscando con la vista a la heroína y sin verla la aclamaron.

Pero nadie en el anfiteatro de la Sorbona reconoció a Marcela Semmer. Ni siquiera sus lágrimas, pues todas las mujeres y todos los hombres lloraban. La francesa que tan heroicamente respondió al oficial alemán "no me importa morir," tuvo miedo a las ovaciones, al minuto aquel de triunfo y sin que un gesto la traicionara, siguió perdida en medio de esta muchedumbre que avidamente la buscaba.

JACQUES LEFEBRE

Un nuevo "Sherlock-Holmes"

La policía del mundo mejor organizada tiene un lado flaco y este es la sección de investigaciones. La ciencia moderna ha prestado inapreciable ayuda para descubrir aun aquellos crímenes que se consideraban indescubribles. Hoy día basta con la impresión digital, la manual o pedestre, una mancha de sangre, una marca de los dientes y tantos otros pequeños detalles para dar con las causas y los autores del crimen.

Pero ¿cómo identificar una calavera humana, sin piel, sin un solo cabello? El señor Grant William, a cuyo cargo está la sección de identificación en el Departamento de Policía de Nueva York, cree haber descubierto un nuevo sistema que le permita identificar al muerto: cosa hasta cierto punto incomprensible, si se tiene en cuenta que muchas veces el cadáver se presenta desmenuado y destruido y otras en completo estado de descomposición. En más de una ocasión ha sido traído a la oficina arriba mencionada, un cráneo o unos pocos huesos humanos para ser identificados.

Tal es el caso ocurrido el 12 de septiembre del año pasado. Esa tarde, varios trabajadores que se hallaban excavando la calle en el pueblo de Canarsie, Long Island, desenterraron el esqueleto de un hombre que presentaba en la parte posterior del cráneo una herida como si hubiese sido producida por un violento golpe de hacha. El único artículo hallado frente al esqueleto fué un trozo de corbata sin ninguna dirección o indicio.

Los médicos declararon que el extinto debía haber sido un hombre de unos veinticinco años. Eso era todo lo que se llegó a saber.

El caso le fué presentado al inspector Grant William. Este decidió estudiarlo detenidamente. Se trataba de un crimen, pero ¿y los indicios para descubrirlo? ¡Ah, si esa calavera pudiera hablar...

Grant William observaba atentamente ese cráneo. Todos son iguales, es decir... debe haber alguna diferencia; y mientras esto pensaba, pasó sus manos por su rostro tratando de descubrir, por medio del tacto, la formación ósea de su propia cara. Comparó mentalmente a la del cráneo que tenía sobre su mesa y pudo comprobar que era diferente. ¡No! Todos los cráneos no se parecen. Son diferentes.

Ese mismo día visitó el laboratorio central de policía. Allí habló con el doctor Pacini y cambiaron ideas y proyectos. El médico ofreció la colaboración de su padre, Agustino Pacini era escultor, y estaba en el museo de historia natural, donde modelaba animales de toda especie. El había reconstruido el cuerpo todo de los reyes de la fauna antediluviana con solo tener sus esqueletos ante su vista. Por qué no usar el mismo sistema con un esqueleto humano?

Pusieron manos a la obra. El es-